ATERRIZAR EN LO REAL A TRAVÉS DE LA FICCIÓN

Ubicarse en la realidad es un proceso que puede llevar una vida entera. Para no perdernos en la fantasía y evitar caminar en terrenos inexistentes, hemos de tener la oportunidad de entrar en contacto con ella. Es una paradoja, hay que conocerla para diferenciarla y no caer, víctimas de su alquimia, en paraísos inventados que nos ayudan a escapar de una verdad, por momentos, áspera. Pero eso será más adelante, en la adultez. Por eso, en la escuela, en la vida temprana, podemos crear, ad hoc, pequeños laboratorios donde aprender a tamizar lo que vemos. Jugar con la fantasía, rebelarnos ante la imposibilidad de un suceso, por muy deseable que se antoje, encontrar deseos ocultos...Caminar, en definitiva, por la cuerda floja que separa lo que es y lo que no es.

Pulir la brújula interna nos ayuda a no desnortarnos cuando la vida se convierte en algo inhóspito de lo que salir huyendo.

A través de diferentes propuestas que invitan a observar, poner título a una imagen imposible, analizar qué pasa, he encontrado muchas resistencias y algún que otro regocijo. Tropezarme con la rigidez ante lo que no tendría reflejo en la vida real, me ha parecido siempre un lugar donde es necesario pararse. No siempre la solución es flexibilizar la rigidez cognitiva. A veces, hay muchas capas debajo. En ocasiones surge el enfado. O se acude a frases tan rotundas como *"¡Eso es ilegal!"* queriendo nombrar lo inaudito. Sirve para encontrar las palabras precisas.

El propósito no es, por tanto, alojarse en la ficción ni hacerle trampas a la vida. Tampoco es aleccionador, de ningún modo. Se trata, simplemente, de navegar en la fantasía, sabiéndonos fantasía por un rato. Imaginar, conscientemente, otros mundos, otras maneras. Y, desde ahí, tener claros los límites que, en un futuro, pueden ser la estructura de un pensamiento que sabe no caer en el autoengaño ni en árboles con túneles que conducen a un profundo lugar donde hay que beber pócimas para cambiar de tamaño. Así, podremos acercarnos a lo metafórico dejando la literalidad en suspenso.

La escuela tiene, en sus anaqueles, cuerdas para saltar de la ficción a la realidad. Aprender a cruzar de una orilla a otra, viendo qué nos sucede en cada una, es una frecuencia que conviene tener bien sintonizada. En su momento, vibrará, si está llamada a ello, para proteger la melodía y hacerla sonar en terreno firme. La mirada interna podrá detectar si lo que observa es una evidencia de los sentidos o quizá un anhelo de otro paisaje. Y esa podrá ser la raíz de las preguntas en primera persona que cada ser humano se plantea en algún momento de la vida.

Mar Celadas